

y del aire malsano. Aquella fiebre, que arrebató á los generales Eblé y Lariboisiere la vida, redujo la guarnición en cerca de cuatro mil hombres. Sin embargo, las tropas que allí quedaban eran excelentes y estaban muy bien mandadas, pero no eran bastantes para las inmensas obras de Dantzick, consistentes en la plaza, en un campo atrincherado y en la ciudadela de Weichselmunda situada en la embocadura del Vístula. Apenas entrado en la plaza, no armada todavía, hallóse Rapp al principio en extremado apuro.

Con efecto, las aguas del Vístula, que rodean todas las obras de Dantzick y forman la principal defensa, estaban heladas, y se corría el peligro de ver á los soldados rusos del cuerpo de Barclay de Tolly pasar los fosos y las inundaciones por encima del hielo y tomar á Dantzick por escalada. Necesario fué romper un hielo de dos ó tres pies de espesor en cinco leguas á la redonda, montar la artillería en los baluartes, y hacer frente á un contrario atrevido, embriagado por sus inesperados triunfos, y con prisa de apoderarse de Dantzick, porque temía ver de nuevo á Napoleón sobre el Vístula del propio modo que Napoleón lo esperaba. Después de atender la guarnición á todos los trabajos preparatorios de la defensa, rechazó lejos al enemigo, destrozándole dondequiera que asomaba. Luego pensó en proporcionarse comestibles, forrajeando en la isla de Nogat. En abundancia poseía granos, carnes saladas, bebidas espirituosas y municiones de guerra, pues había heredado los acopios hechos para la campaña de Rusia, y que se quedaron almacenados por falta de medios de transporte; pero carecía de carne fresca y de forrajes. Hallólos en las orillas del Vístula, gracias á la osadía de sus excursiones. Así empleó en hacerse temer la estación del invierno, y en desesperar al enemigo, que ya no se lisonjeaba de salir airoso de resultas de un ataque en regla.

Firmado el armisticio, no recibió más que la quinta parte de los víveres que debiera; pero tornó á comenzar sus excursiones á las islas del Vístula, y dió la última mano á las obras todavía no rematadas. A la vuelta de las hostilidades se encontraba descansada, bien atrincherada y resuelta. Aún quedaban por esta época cerca de veinticinco mil hombres en estado de empuñar las armas y de resistir las fatigas de un asedio.

Vigorosamente disputadas y perdidas al cabo fueron las obras exteriores, como siempre acontece hasta en las plazas mejor defendidas. Pero con el auxilio de hábiles oficiales de ingenieros construyó el general Rapp algunos reductos bien establecidos y bien armados que, cogiendo de revés las trincheras del enemigo, se las hicieron inhabitables.

En torno de estos reductos acreditóse el mayor desnudo de una parte y otra, ora para defenderlos, ora para atacarlos. Desesperando el enemigo de plantar allí su bandera, ideó recurrir como en otros puntos al espantoso arbitrio del bombardeo. No careciendo de municiones ni de bocas de fuego, merced al mar que permitía á los ingleses llevárselas en abundancia, asestóse contra Dantzick la más formidable artillería que haya jugado nunca en contra de una ciudad sitiada. Más de cien lanchas cañoneras inglesas llegaron á juntar sus fuegos á los de las baterías de tierra. Todo el mes de octubre se empleó sin tregua y sin piedad en el más abominable bom-

bardeo de que se haga mención en los sangrientos ana-les del siglo. Avezados nuestros soldados á cañoneos como el del Moskowa y despreciando el riesgo casi nulo á sus ojos del estallido de una bomba en una ciudad espaciosa, no experimentaban inquietud de resultas de este género de ataque, considerándolo como un fuego de fusilería fuera de tiro, y se limitaban á compadecer á los inofensivos moradores, mucho más expuestos á la lluvia de fuego que sobre su ciudad caía. Los sitiadores hicieron un cálculo abominable, el de embarazarlos mucho prendiendo fuego á la mucha madera que dentro de Dantzick había hacinada. Con efecto, el 1.º de noviembre prendió el fuego en los arsenales de Dantzick y estalló un incendio horroroso. Aturdidos los moradores se fugaron ó se escondieron en las cuevas de sus casas, no atreviéndose á ir á apagar el incendio bajo el estallido de las bombas.

Nuestros soldados lo intentaron por su cuenta, y no lo consiguieron sino cuando aquellos vastos depósitos de madera estaban consumidos en las tres cuartas partes. Por encima de la desdichada ciudad de Dantzick no cesaban de elevarse inmensos torbellinos de llamas, en medio del rugido de un trueno continuo, sin que apareciesen dispuestos á rendirse nuestros soldados. No tratando Rapp de adivinar en qué vendría á parar la guerra después del desastre de Leipsick, creyendo que había prodigios de los cuales no había que desesperar con Napoleón nunca, se atenía á sus instrucciones, que le mandaban no rendir á Dantzick más que en virtud de una orden escrita y firmada por la mano imperial. Así, teniendo aún diez y ocho mil hombres para defenderse, algunos bueyes del Nogat para alimentarse, dejaba que dispararan contra Dantzick los ingleses y que se incendiaran las maderas, y para rendirse esperaba que la orden de Napoleón llegase, ó que Francia estuviese destruída, ó que el enemigo se metiese por la brecha. Después de cumplir su deber Modlin y Zamosc habían ya capitulado, siendo llevadas en cautiverio las guarniciones polacas.

Véase cómo junto al Elba, el Óder y el Vístula vivían ó morían los ciento noventa mil soldados dejados á tanta distancia del Rhin, cuyas márgenes pudieron hacer invencibles. Véase cómo terminó esta campaña de 1813, que estaba destinada á reparar los desastres de la de 1812, y que los reparara sin duda si Napoleón supiera poner límite á sus deseos.

Esta grande y terrible campaña, sin igual hasta el presente en la historia de los siglos por la inmensidad de la lucha, por la variedad de las peripecias y de las combinaciones, por la horrible efusión de sangre humana, se caracteriza en lo concerniente á Napoleón por un rasgo particular y significativo, que ya hemos señalado: el de haberlo concluído de perder todo al querer ganar de un solo golpe todo lo perdido. Infaliblemente saliera Napoleón triunfante con la sola voluntad de detener al enemigo en su vuelo victorioso, de restablecer el prestigio de nuestras armas, y de transigir sobre bases que dejaban á Francia aún más grande que le convenía, luego que se obtuviese este resultado. Efectivamente, si tras las jornadas de Lutzen y Bautzen, donde nuestras armas tornaron á quedar vencedoras por su genio y la bizarría inexperta de sus reclutas, sin aceptar el armisticio de Pleiswitz, empujara hasta el Vístula á los rusos

y á los prusianos, los separara de los austriacos y de seguro pusiera á la coalición en una completa derrota. Pero, para hacerlo impunemente, se necesitaría que estuviera pronto á dar una respuesta satisfactoria al Austria que le estrechaba á explicarse sobre las condiciones de la paz en seguida. Por larga que esta trágica relación haya sido, se hace memoria del motivo que le detuvo, y fué, según hemos dicho, el de aprestar un ejército contra el Austria y estar en aptitud de no someterse á sus más moderadas condiciones. Por tan triste motivo se detuvo, y deliberadamente dejó á Rusia y Prusia al alcance de Austria, con proporción de alargarla la mano y unirse á ella.

Durante este armisticio funesto se ha visto asimismo, sacrificando el ducado de Varsovia que no podía sobrevivir á la campaña de Rusia, renunciando al protectorado del Rhin, que no era más que un inútil ultraje á Alemania, cediendo finalmente las ciudades anséaticas, que no podíamos sustentar ni hacer servir con ventaja á nuestro comercio, cuán fácil fuera para Napoleón conservar el Piamonte, la Toscana y Roma en calidad de departamentos franceses, la Westfalia, la Lombardia y Nápoles en calidad de reinos tributarios del gran imperio. Hamburgo, posesión imposible para nosotros, el protectorado del Rhin, título vano sobre cuanto puede ponderarse, fueron las causas de una ruptura insensata. No obstante, adoptada la resolución de proseguir la guerra, llegado era el caso de aprovecharse del armisticio para sacar de Zamosc, de Modlin, de Dantzick, de Stettin, de Custrin, de Glogau, los sesenta mil hombres, que ya no teníamos razón alguna política y militar de mantener en estos puntos, siendo el Elba clave de nuestras operaciones y su límite al par que su apoyo. Nuevamente ahora, á impulsos del deseo y de la esperanza de ser conducido junto al Óder y el Vístula de resultas de una sola victoria, todavía persistió Napoleón en este sacrificio deplorable, que debía acarrear tantos otros.

A fin de poder alargar la mano á sus guarniciones extendió el círculo de esta guerra concéntrica, que tan perfectamente le salió junto al Adige tiempos antes restringiéndola en torno de Verona, y lo extendió á cuarenta leguas hacia Goldberg, á cincuenta hacia Berlín; alcanzó la insignie victoria de Dresde, pero en el instante de recoger el fruto en Kulma fué llamado por los desastres de sus lugartenientes establecidos á enormes distancias; quiso volar en su ayuda y llegó demasiado tarde; fatigóse durante dos meses en inútiles correrías; vió desvanecerse el prestigio de sus victorias de Lutzen, de Bautzen y de Dresde; y al poco tiempo no tuvo en su rededor más que soldados extenuados, generales desconcertados, enemigos exaltados por inesperados triunfos; y finalmente, al par que una simple retirada sobre Leipsick le salvara de nuevo, sin brillo, aunque con certidumbre, queriendo siempre restablecer sus cosas por medio de un brillante golpe, intentó sobre Duben maniobras sabias, admirablemente concebidas, si bien pe-

cando por los medios de ejecución no correspondientes á la osadía de las empresas, hallóse como cogido en el lazo de sus propias combinaciones, y sucumbió en los campos de Leipsick, después de la más terrible batalla conocida, siendo horrible manifestar que en ella perecieron más de ciento veinte mil hombres, y luego volvió á entrar en la línea del Rhin con cuarenta mil hombres armados y sesenta mil desarmados, dejando junto al Vístula, el Óder y el Elba ciento sesenta mil franceses, condenados á defender murallas extranjerías sin fruto, mientras sólo había ya brazos impotentes de resultas de la tierna juventud ó de la decrepita vejez para la defensa de las murallas de su patria.

Justo es repetir que en estos días fatales de ningún modo se mostró Napoleón menos fecundo en vastas combinaciones ni menos enérgico é imperturbable en el peligro, bien que siempre se vió al ambicioso, cuyo inmenso genio perturbaban y pervertían sus deseos insaciables. Por aspirar á lo imposible sufrió el año de 1812 un revés de monta. Por no limitarse á reparar este revés el año de 1813 y por quererlo borrar del todo y de un solo golpe, se atrajo otro de no menos monta y más irreparable, porque este último se llevaba hasta la esperanza. Así el primer revés por consecuencia de aspirar á exceder el límite de lo posible, y el segundo por empeñarse en reparar totalmente el otro, tales eran los sucesivos escalones por donde descendía al abismo. Ya no le faltaba más que uno para llegar al fondo. ¿Se detendría Napoleón en esta fatal pendiente? Inmóviles desde que llegaron á las márgenes del Rhin los coligados, trémulos á la idea de traspasar este límite formidable, le ofrecían la Francia, la verdadera Francia, la que tan poderosamente encierran y protegen el Rhin y los Alpes, la que la revolución le había legado, y con la cual se contentó después de Marengo y de Hohenlinden. ¿Se contentaría en 1814? Tal era la última cuestión que la esfinge del destino iba á someter á su orgullo. Según la respuesta que diera, le tocaba terminar sobre el más encumbrado trono, ó caer al más hondo abismo. Olvidemos por un instante esa historia de 1814 á 1815, que conocemos todos y de manera de no olvidarla; borremos de nuestra memoria el ruido que hizo en nuestros oídos, juveniles entonces, la caída de aquel trono glorioso: fijémonos en diciembre de 1813: tratemos de ignorar lo acontecido en 1814 y asentemos la pregunta que á Napoleón iba á ser dirigida. ¿Quién de nosotros puede dudar de la respuesta después de leídas las campañas de Rusia y de Sajonia? ¡Ah! Los hombres llevan en su carácter un destino, que buscan en torno suyo y por encima de ellos, por todas partes en suma, excepto dentro de sí propios, donde realmente existe, destino que, según ceden á sus pasiones ó á su razón, les pierde ó les salva, obren como quieran y por mucho de que hagan alarde. ¡Y cuando están perdidos echan la culpa á sus soldados, á sus aliados, á los hombres, á los dioses, y se suponen vendidos por todos, no siéndolo más que por sí mismos!